

Yo soy el Buen Pastor

4º Domingo de Pascua

Jesús les respondió: “Mis ovejas escuchan mi voz. Yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy la vida eterna y no perecerán jamás, ni las arrebatará nadie de mis manos. Y mi Padre, que me las ha dado, es mayor que todos y nadie puede arrebatarlas de la mano del Padre. Yo y el Padre somos uno”.

Jn 10,27-30

Escuchar tu voz hoy y escuchar tu voz en este encuentro es llenarse de agradecimiento, de confianza, de abandono y de bienestar por el cuidado amoroso que Tú me das. Tú me dices hoy, Jesús: “Mis ovejas escuchan mi voz”. Eso te pido hoy: que aprenda a escuchar tu voz —primer paso para entrar en tu camino, para sentirme tranquila, para llenarme de confianza, de ilusión y de fuerza—.

Escuchar... Escuchar el susurro de tu voz, porque continúas diciéndome: “Yo conozco a mis ovejas y ellas me siguen”. ¡Con qué cariño lo dices, Jesús! Con qué cariño me hablas hoy: “Si yo te conozco. Sé tus caminos, sé cómo andas, cómo hablas, lo que piensas, tus altos, tus bajos, tus mediocridades... ¡todo lo sé! Pero Yo doy la vida por ti y nadie te arrebatará de mis manos”. ¡Qué tranquilidad, Jesús, qué tranquilidad! Así eres Tú...

Hoy apareces como el buen Pastor, ese pastor bueno que no hace daño, que cuida, que va tras la oveja perdida, que nos llevas a buenos pastos... Quiero darte gracias profundamente: gracias, Jesús, por ser mi Pastor. Gracias, Jesús, por cuidarme. Gracias por estar en tus manos. Pero también te pido que aprenda a escuchar tu voz, que aprenda a conocerte más, que aprenda a seguirte profundamente, aunque pase por todo, pero que aprenda a seguirte, porque sé que Tú me cuidas, me sigues, me coges, me llevas, me conduces... —como dice el Salmo 22—, me conduces hacia fuentes tranquilas. Y cuando estoy mal, sin fuerzas, las reparas. Y cuando voy por caminos que no llevan a ningún sitio, sino a la perdición, a la muerte interior, a la muerte de la alegría, Tú me sacas de esas cañadas oscuras.

Por eso, con gusto, con alegría, te digo hoy: gracias, Jesús, ayúdame, quiero habitar todos los días de mi vida en tu casa. Gracias por estas palabras de consuelo. Gracias por buscarme, por seguirme, por seguir mi rastro, por sacarme de esos lugares pedregosos y peligrosos. Gracias por ser mi alimento

y apacentarme. Gracias por buscarme en mis caminos descarriados. Gracias porque me llevas hacia ti con tanto amor... con tanto amor...

Sí, Jesús, Tú eres mi Pastor. Tú eres mi Pastor y nada me falta, ¡nada me falta! "Mis ovejas escuchan mi voz y Yo las conozco y ellas me siguen". ¡Qué cariño! ¡Con qué amor dices todo esto, que demuestras una ternura grandísima con cada uno de nosotros! "Yo doy la vida... Yo doy la vida porque mi Padre me la ha dado y nadie me la puede quitar de la mano de mi Padre, porque el Padre y Yo somos uno".

Cuántas veces mis caminos no son los mejores: el ruido, las prisas, el estrés, el jaleo, el quehacer, el trabajo... hacen que yo pierda tu sendero y pierda tu guía, que eres Tú. Pero hoy te lo pido de todo corazón: quiero oírte, quiero escucharte, quiero seguirte, quiero tener esa confianza grande en ti. Tú eres mi Pastor y nada me falta, ¿a quién temeré? ¡Gracias! Gracias, Jesús, buen Pastor. Gracias por darme alimento, sosiego, esperanza, alegría...

¡Pero exígeme que te siga! Abre estos ojos para verte, para seguirte, y mis pies para andar detrás de tus huellas. Que yo escuche tu llamada, tus silbidos, tus sonidos, tu lenguaje, tu mensaje, y así seguiré el camino feliz —que eres Tú—, no el camino tortuoso de mi propia vida —que soy yo—. Gracias por ser mi buen Pastor. El Señor es mi Pastor y nada me falta. El Señor es mi Pastor y nada temo. El Señor es mi Pastor y me alimenta, me cuida. El Señor es mi Pastor y su bondad y su misericordia me acompañan. Sí, quiero habitar en su redil, en su corazón, todos los días de mi vida y por años sin término, porque comprendo que Tú eres mi buen Pastor.

Me dirijo a ti, Madre mía, para que siga la voz de tu Hijo Jesús, para que escuche, para que actúe, para que no tema. Dame esa fuerza, acompáñame, agárrame de la mano y llévame por el camino del buen Pastor, que es tu Hijo. El Señor es mi Pastor y nada me falta.

Quiero seguirte así, así... tus pasos, los pasos del buen Pastor.

Que siempre sea así.